



María Teresa Uribe
trasciende su
época

Fabio Giraldo Jiménez

Exdirector del Instituto de Estudios Políticos
iep.fabio@gmail.com

A

unque no se puede entender una persona sin su época, hay algunas que tienen el talento y el encanto para ser descolantes en cualquiera; vienen al mundo con una especie de virtud que pulen con esmero, convirtiéndola en gracia carismática y atrayente. Así, como ejemplo, María Teresa Uribe tuvo, y sigue teniendo en nuestra memoria, esa especie de gracia en su palabra y en su personalidad que la hacen trascendente. Por eso me parece justo reconocer que por su carisma, aún en el sentido que le dio Max Weber al concepto, se legitima su persona.

Pero como ella misma lo decía, tuvo la fortuna de desarrollar la mayor parte de su vida en la Universidad de Antioquia, aunque también resultó afortunada la Universidad al acoger y cosechar su amable talante de mujer siempre joven con talento de científica y de maestra siempre juvenil, características propias de su forma de ser que, me permito imaginar, eran iguales antes de la Universidad y por fuera de ella. Y habiendo sido la Alma Máter el hábitat especial en el que desplegó gran parte de su ciclo vital y la heredera directa de un legado que no tiene fin, es obligación contextualizar en ella no solo su personalidad sino también su magisterio y sus enseñanzas.

No siempre ha sido bien ponderada la influencia que tuvo en la Universidad de Antioquia, en especial entre los años setenta y ochenta, una nueva ilustración que ya venía arraigándose en la academia mundial y cuyos ecos se sintieron y se siguen sintiendo. Ya no se trataba solo de la duda cartesiana, ni de la ilustración librepensante, sino, además, de la duda

analítica. Un afán desmesurado si se quiere, pero en todo caso prolijo, por la validación previa de los puntos de vista desde los cuales se habla, se dice, se escribe, se investiga y se enseña. Baste decir que frente a los dogmatismos ideológicos de izquierda o de derecha, como suelen filarse por afán esquemático, surgió la imperiosa advertencia de que no existe lugar no ideológico para hablar de ideologías. Es decir, no habiendo lugar neutral, para hablar de neutralidad, ni siquiera la seguridad científica queda asegurada. En consecuencia, se hace imperativo para la cultura académica comenzar todo proceso con el «estado del arte» de la cuestión que se investiga o que se enseña, lo cual quiere decir que se comienza dudando.

En la Universidad de esos años se produjeron, sin mucho ruido y sin mayores afanes, cambios en la cultura política, inducidos a su vez por cambios en la organización de las disciplinas académicas que condujeron a la desmembración de la Facultad de Ciencias y Humanidades; espacio de obligatorio tránsito académico para todos los estudiantes y cuyo currículo terminó colonizado por una bibliografía sumaria y por una ideología totalizadora, moralizante y dogmática que ya venía erosionándose desde adentro por eclosiones sectarias. Además, se produjeron cambios en la cultura académica con la introducción de nuevas teorías del conocimiento, metodologías de la investigación y nuevas economías de la producción científica con la consecuente división del trabajo, que le dieron justificación a la reorganización académica de los saberes, a epistemologías regionales y diversas, a mayor dedicación a las disciplinas científicas, a mayor confrontación entre escuelas de pensamiento y, por supuesto, a la ineludible consecuencia de la duda analítica que es la investigación.

No es posible desconocer la influencia académica y política de una teoría del conocimiento que impulsó la catarsis de la creencia y del saber consuetudinario por considerar que son el primer obstáculo epistemológico para el desarrollo del conocimiento científico. No es casual que ese «deshollinamiento» haya dejado desnudos, desprolijos y desvalidos a fieles, devotos y beatos de ideologías totalizantes y que muchos de ellos, más acostumbrados a la seguridad de la creencia que a la ciencia prometeica, resultaran abrazando credos de la antípoda, que otros muchos optaran por la tibieza inocua y evasiva y otros por el relativismo tan paralizante como cínico.

Pero otros muchos, en lugar de abrazar otras creencias, en lugar de la suave y cómoda tibieza y en lugar del relativismo inocuo, aprendieron a ser imprudentes epistemológicamente, a hacer de la duda una teoría del conocimiento y un método para la investigación

y para la enseñanza; todo ello sin abandonar la sensibilidad y la preocupación por toda clase de injusticias, sin renunciar a propuestas de solución y a la valentía política de la denuncia y la movilización social.

Allí, en ese contexto, se hace más significativa la vida personal y la obra académica de la profesora María Teresa Uribe, en quien confluyen, para reiterar lo arriba dicho, un carisma atrayente que le era tan consustancial como su virtuosa amabilidad, una curiosidad ilimitada que la hacía tejer y destejer lo sabido y lo aprendido como una reencarnación de Penélope, y una valentía política que siempre me pareció algo extraña a su dulzura.

Para mí, ella encarna la justa mezcla entre un sabio y un científico, mucho más porque se trata de una científica social que además se hizo maestra e hicieron maestra sus alumnos. Entiendo que un científico corre el riesgo, por su experticia y por la especificidad de lo que se ocupa, de perder de vista el mundo, el contexto; que inclusive el costo de su éxito radica en la renuncia al mundanal ruido; que la seguridad de lo aprendido termina burocratizándolo. Y entiendo también que un sabio a la manera de un diletante, corre el riesgo de saber de tantas cosas que termina sin saber de ninguna. Pero hay personas que tienen la doble virtud del conocimiento pleno de su disciplina científica, contextualizan sus conocimientos y los comparten sin cálculos egoístas; que actúan siempre en la frontera entre un optimismo epistemológico que, llevado a sus extremos, puede resultar fatuo, y un pesimismo epistemológico que, llevado a sus extremos, puede terminar siendo agorero.